

HABLAR DE LO INEFABLE: ¿CÓMO SE PUEDE HABLAR HOY DE DIOS?

En la historia de nuestra tradición religiosa, la pregunta por el lenguaje humano sobre Dios quedó a veces tan escamoteada que la religión fue enseñada como si se tratara de las matemáticas o la biología. Pero la pregunta resurge una y otra vez. La teología negativa, ella sola, es insuficiente, y no en último término por el hecho de ser una respuesta a un planteamiento meramente teórico. Si hablamos de Él sólo de forma académica y abstracta, lo más probable es que no consigamos decir nada de Él. Para hablar realmente de Dios hay que hacerlo de manera existencial, histórica y biográfica

Vom Unsagbaren reden: Wie lässt sich heute Gott zur Sprache bringen? Geist und Leben 79 (2006) 81-88.

Los representantes de la teología negativa están convencidos de que no se pueden hacer afirmaciones positivas sobre Dios, sino sólo decir lo que Él no es, así como el escultor no le añade nada positivamente a la piedra que esculpe, sino que sólo quita negativamente lo que sobra. La comparación no sirve, pues en el caso de la búsqueda de la forma de Dios se debería eliminar por completo el bloque de piedra, y ni aun así al final saldría la verdadera imagen de Dios. De todas maneras, quizás en el momento en que el último fragmento cayera bajo el golpe del martillo podría surgir en el escultor una chispa de conocimiento y darle a conocer la no-forma del Misterio.

Dios no existe en el sentido en que existe todo lo demás que conocemos. Como dijo Wittgenstein,

“de lo que no se puede hablar, más vale callar”. Al menos en el camino especulativo sobre Dios ha de ser así. La reflexión teórica no lleva a ningún conocimiento. Es sólo un juego y no despierta la fe.

Los místicos intentan hablar de una realidad vivida

Los grandes teólogos de la teología negativa, sobre todo el padre de todos ellos, Dionisio Areopagita, y también Juan de la Cruz, el gran teólogo de la “noche oscura”, no hacen especulación teórica. Más bien intentan hablar de una realidad que les había influido y que habían experimentado. Era aquella realidad que Pascal describió en aquel fragmento de papel que llevaba cosido en el forro de su chaqueta: “FUEGO. Dios de

Abraham, de Isaac, de Jacob, no de los filósofos y de los sabios. Certeza, certeza, sentimiento. Alegría, paz. Dios de Jesucristo.... Alegría, alegría, alegría, lágrimas de alegría”.

Cuando estos hombres buscan una lengua para expresar la realidad que habían experimentado, han de decir necesariamente: sobre ello sólo puedo enmudecer. Todo lo que formulo no se acerca para nada a lo que siento y es más falso que verdadero. No se trata de especulación teórica, es la expresión de la necesidad de comunicar lo que han percibido como realidad.

El lenguaje de Dios es su efecto en el alma

Esto plantea la pregunta “¿cómo hablar hoy de Dios?” sobre otro plano, que teóricamente no se puede expresar en el lenguaje con fuerza de convicción coactiva. La pregunta teológica por el “*initium fidei*” (inicio de la fe), la chispa de la fe en Dios en la conciencia y en el corazón del hombre, no se puede responder. ¿De dónde viene que unos crean en Dios y otros no? En la larga historia de la socialización religiosa a menudo se ocultó esta cuestión, de modo que se hizo que la religión fuera enseñable como si fuera matemáticas o biología.

Según la teología de las iglesias ortodoxas, en todas las manifestaciones de Dios, el Inefable,

nos encontramos no con Dios mismo sino con sus energías, sus efectos en los hombres. Pues hay hombres para los que esta realidad divina es realidad en el más elevado sentido de la palabra: actúa en ellos y en su vida. Para ellos es evidente que el lenguaje de Dios es su influencia en el alma. De ese efecto de lo inefable en nosotros sí que se puede hablar.

El genuino lugar del discurso sobre Dios es la fiesta

Pero cuando Wittgenstein dice de la filosofía que sólo puede ser poesía, esto vale ante todo de la teología. El auténtico lugar de la teología no es el aula, sino la fiesta. La sagrada escritura no fue escrita para ser leída teóricamente, sino para ser proclamada, narrada y cantada. Es mucho más correcto cantar al Absoluto, danzar y jugar, alabar y celebrarlo, que hablar de Él. Por eso todos los místicos expresan con poemas, cantos, imágenes, historias y paradojas lo que les ha pasado.

La realidad de Dios y el lenguaje sobre Él no coinciden nunca

Lo inefable puede tematizarse hablando de sus efectos sobre nosotros, cantando, narrando y festejando. El hombre no tiene otras categorías de conocimiento que sus estrechas y limitadas faculta-

des. En él, el totalmente Otro se quiebra inevitablemente, se falsea y se traspone, aunque también puede transformar y aumentar su capacidad de recepción. Los místicos hablan de una nueva capacidad espiritual, de un conocimiento amoroso.

Sin embargo, todo lenguaje sobre Dios es insuficiente, es un recipiente demasiado pequeño para Él. Agustín compara el esfuerzo por decir algo sobre Dios con un niño a la orilla del mar que intenta meter toda el agua del mar en su cubo. La tarea es acercarse con el lenguaje a la realidad que nombramos con la palabra Dios. El que el lenguaje sobre Dios sea más falso que verdadero nos previene de la ilusión de que sólo los espíritus potentes intelectualmente pueden captar a Dios. La realidad de Dios y el lenguaje sobre El no coinciden. En la práctica, se puede observar que no pocos hombres apenas pueden hablar de Dios, pero que viven de su fuerza y su realidad. Hay formas de piedad acerca de las cuales los teólogos sólo pueden mover la cabeza en desaprobación. Pero puede ser que los hombres que las practican vivan auténticamente de la realidad de Dios, mucho más que aquellos que tienen “una teología pura”. Se podría especular si, en siglos de cristianismo y de teología mucho menos perfecta que la nuestra, los hombres no vivieron mucho más enraizados en la realidad de Dios y sacaron de Él sentido, fuerza, esperanza, consuelo e impulso para

el compromiso, a diferencia de lo que pasa en el siglo XXI.

De todas maneras, en todas las religiones del mundo puede observarse que a la mayoría de los hombres no les satisface la abstracción de la pura teoría y por ello suelen tener una pluralidad de formas, rituales, costumbres y también representaciones muy ingenuas. No se puede dudar de que todo esto es para la mayoría el medio que les ayuda a vivir la realidad desde convicciones de fe. Si en occidente crece ahora la moda del budismo en su faceta más abstracta y se la compara con la piedad popular más usual, ambas cosas no suceden al mismo nivel.

¿Hemos sabido demasiado sobre Dios?

Lo más valioso de esta comparación es, sin embargo, que lleva inevitablemente a la cuestión de si occidente acaso no ha ido demasiado lejos cuando pretendía saber sobre Dios. Algunas cualidades que se le atribuían a Dios eran más perjudiciales que beneficiosas. Así, por ejemplo, la omnipotencia puso en marcha el camino hacia el ateísmo. Hoy en día se propone una solución a estas cuestiones, explicando que Dios y el mundo se identifican y el mundo es entendido como la divinidad que se va realizando. Entonces la divinidad ya no es responsable de nada, porque ella lo soporta todo. Y el mundo ya no sufre, porque es divino.

En Occidente la teología negativa ha quedado en un segundo plano porque era demasiado abstracta para el uso cotidiano. Se prefería hablar de Dios en analogías. Se vivía en la confianza de que el conjunto de la creación reflejaba a Dios y permitía conocer cómo es. Se podía considerar todo como metáfora de Dios y decir de lo bello, bueno, y verdadero: así es Dios, sólo que de modo ilimitado. Claro que esto puede llevar a proyecciones infinitas. Dios se convertiría en proyección alienadora del hombre. En el Concilio Lateranense de 1215 se afirmó: “entre Creador y criatura no se puede afirmar tanta analogía que no haya una mayor desemejanza”. Dicho de otra forma: cuando se compara a Dios con algo del mundo conocido, se puede decir algo verdadero acerca de Dios, pero Él siempre es totalmente otro. En la praxis cotidiana se olvidó esta afirmación y se atribuyeron a Dios numerosas cualidades, pero hoy en día se reacciona contra eso con la exigencia incluso de renunciar a la imagen de un Dios personal, de hablar de Dios de una manera no teísta.

Nuestros sensores de Dios

Podría ser más útil no querer hablar de Dios, sino de las posibilidades de los hombres de hablar sobre Él. Dios mismo es inefable, es la realidad más misteriosa. Nosotros hombres disponemos defi-

nitivamente sólo de un espectro limitado de sensibilidad para percibir esta realidad. Toda realidad que se nos quiere revelar tiene que aparecer a la medida de nuestros sensores.

En el judaísmo y el cristianismo se llegó a la conclusión, sin duda por experiencia, de que el sensor más diferenciado y valioso del hombre para toda otra realidad eran aquellas cualidades específicas de su ser personal: su conciencia, su percepción, la existencia histórica y biográfica, el lenguaje, la relación interpersonal, el amor. Estos son las mejores categorías para hablar de la persona. Por eso deben ser las más aptas para hablar de Dios, para la percepción del totalmente Otro. Estamos dando un paso atrás cuando en la actualidad abandonamos estas categorías e intentamos sumergirnos en algo divino y anónimo que solemos describir con categorías físicas: luz, energía, sonido, ondas, etc.

¿"Experiencia metafísica" con exclusión de la propia existencia?

Problemático es además que en muchos casos la existencia concreta y la historia del hombre no suelen ser tematizadas y, en cambio, toda la atención se concentra en la experiencia mental puntual. Con ello el individuo busca la experiencia metafísica de su “ser uno con el todo” en un espacio vacío e in-

temporal. Esto podría llevar a un increíble narcisismo.

Frente a la concentración actual en la autopercepción, los estados mentales y las experiencias “trascendentales”, se plantea la pregunta de si esta fijación en sí mismo y la propia sensibilidad no es un síntoma de que el contacto con el Dios real se ha perdido. ¿Subyace a todo el discurso sobre lo divino una experiencia como la que afirman Pascal y toda la tradición mística cristiana? ¿No es revelador el hecho de que ya no se perciba a un Dios vivo, sino que se hable de una dimensión anónima? ¿Y que, consiguientemente, el hombre no sea ya capaz de percibirse a sí mismo en su existencia como un tú interpelado y sacado de sí mismo?

En las formas de budismo más exigentes desde el punto de vista intelectual, en el budismo Zen, se dice que la meta del camino espiritual no es la experiencia de lo divino, sino la eliminación del sufrimiento (Nirvana) y la irrupción en dimensiones sutiles de la psique que conduce a una nueva forma de ser en el mundo. Ahora bien, en muchos sincretismos occidentales este camino budista tan sencillo es mezclado con fragmentos de teología y mística cristiana y recomendado como camino hacia la verdadera experiencia de lo divino e incluso como auténtica interpretación de la mística cristiana. ¿No estamos ante un mercado de satisfacción de las necesidades religiosas y espirituales de nuestros

contemporáneos? ¿No se ha de valorar el hecho de que en su contexto las citas de los místicos de todas las tradiciones y épocas sean devaluadas como medio para describir y prometer determinadas experiencias psicotécnicas? ¿Acaso no siguen siendo estas experiencias a-teas, alejadas del Dios de la tradición judeo-cristiana y sin referencia a Él? ¿Acaso no inmunizan contra el ser interpelados y conmocionados por Él?

¿Cómo podemos hablar de Dios?

En la cuestión de cómo podemos hablar hoy de Dios no podemos dejar de lado la convicción de que Dios mismo se ha expresado y de que la pregunta más importante es cómo hacer hablar hoy a Dios, en vez de hablar sobre Él. Su llamada al hombre está relatada en los episodios del AT. Su Palabra se hizo carne en Jesús de Nazaret, en el NT. Su auto-comunicación es de nuevo quebrada y velada por el lenguaje humano. El evangelio de Juan dice: “Quien me ve a mí ve al Padre”. Sin embargo, los contemporáneos de Jesús sólo lo percibieron velado en su forma humana. Pero de Jesús se desprendía una influencia indefinible, inefable, que se mantiene hasta hoy. Para poderle ver había que tener fe. La fe es de naturaleza dialógica, extática, dirigida al totalmente Otro. El dramático destino de Jesús es que incluso la palabra hecha

carne es un lenguaje paradójico e inefable. En esta palabra se auto-comunicó el Dios incomprensible e invisible de una manera que ponía en cuestión toda expectativa humana. Lo invisible se dio a conocer en la cruz, la fuente de la vida se reveló en la muerte. Por eso escribe Pablo sobre la necesidad de la cruz, que hace palidecer la sabiduría de los sabios y la inteligencia de los inteligentes. Pero para aquellos que creen es “fuerza de Dios y sabiduría de Dios”.

El lenguaje sobre los efectos de Dios sobre el hombre

Aquí hemos de hablar otra vez de la transición del lenguaje imposible sobre Dios al lenguaje posible sobre los efectos de Dios en el hombre. Si bien Dios no es luz, vida, amor, espíritu, tal como los entienden los hombres, aunque la salvación de la cruz no se corresponde con las expectativas de salvación de los hombres, hay hombres que hablan de Él, le cantan, lo narran, “porque Él ha hecho cosas grandes por mí” (Sl 66,16). ¿Cuáles son estas cosas grandes que Él ha hecho a los hombres? No les ha evitado las pruebas de la vida ni les ha curado milagrosamente, sino que les ha dejado como a todos los demás ante la vejez y la muerte. Pero de Él han emanado cercanía, fuerza y sabiduría. A menudo

son hombres sencillos quienes experimentan esto, sin poder articularlo de manera apropiada. A lo mejor, incluso les ha ocurrido algo malo, pero no por eso han dejado de creer en Dios sino que se han crecido en la fe.

Hablar de Dios de una manera existencial, histórica, biográfica

¿Cómo se puede hablar de Dios? No se puede hablar correctamente de Dios, sólo se puede narrar cómo actúa sobre los hombres y los bienes que comunica a las almas. No se puede hablar académica y abstractamente de Él, sino sólo de manera existencial, histórica y biográfica. Por eso en todos los libros del AT y del NT se narran historias o se cantan canciones para el camino. No aportan ningún rastro de experiencia individual abstracta, separada de la propia vida, no se afirman cualidades abstractas sobre Dios. Pero en estas historias aparecen imágenes y categorías de la percepción humana que mantienen su validez, sobre todo la del amor como capacidad de conocimiento y relación más elevada. No hay otra cosa más elevada que el amor. Con él se puede jugar y celebrar aquello que no se puede comprender: la inefable realidad de aquello para lo que no tenemos mejor palabra que “Dios”.

Tradujo y condenso: MARIA JOSÉ DE TORRES